

9 DE SETIEMBRE DE 1878.

MADRID.

Fue un escándalo! Claro es que me refiero al estreno de la zarzuela fantástica El hijo de la bruja.

Lo dijo El IMPARCIAL, y el empresario del Teatro-Circo protestó en el cartel contra semejante afirmación y fundó un periódico que se llamó Correspondencia de los Bufos, del cual acaso tendréis noticia.

Se publicó el primer número; pero no se publicó el segundo. Lo que se publicó a los pocos días fue un suelto en La Correspondencia de España, en el cual se decía el Sr. Arderius que en vista de que el género bufo estaba en decadencia y agotado, y no gustaba al público, se dedicaba al género serio.

Todo el mundo se quedó con la boca abierta. Era el suicidio artístico del Sr. Arderius. Porque, en fin, si el Sr. Arderius es algo y representa algo, como hombre de dinero, como empresario, como actor, como cantante y como artista coreográfico, ese algo lo debe al género que él declaraba difunto.

Pero, en medio de todo, aquella determinación era un desagravio a la opinión pública y al buen gusto... Y no era posible dudar de la sinceridad de los propósitos del Sr. Arderius. Se había deshecho del Sr. Rosell: el alma diabólica del género bufo. Es como si un cojo saltase las muletas para correr. Quedó, pues, transformado el Sr. Arderius en actor serio, los demás individuos de su compañía en actores graves, y las surripantas en remilgadas fúnebres.

Y por de pronto, para dar mayor dignidad a la compañía, el Sr. Arderius contrató a varios chinos. El hijo de la bruja se anunció como una obra de gran aparato. El hijo de la bruja, por su aparato, no ha llamado la atención.

Esto se explica. En aquel mismo escenario hemos visto bailes magníficos, de los cuales es un simple remedo la actual zarzuela de magia. El aparato de El hijo de la bruja es notable para una obra comica; pero es pobre para un espectáculo, para una feria que dicen nuestros vecinos.

Y resulta lo que en todas las cosas, que no tienen carácter determinado. Son pálidas, fastidian. Si se trata de recrear el espíritu en la contemplación de la belleza intelectual, es preciso ofrecer al público una obra de ingenio, de interés, de sentimiento: si se trata de obtener un éxito, halagando sus sentidos materiales, es preciso dar nuevos placeres a los ojos, inventando nuevas combinaciones de luces, de colores y movimiento, que superen a las violentas sensaciones producidas ya en el público por los cuadros de las orgías escénicas, que hace tiempo venimos contemplando.

Nada de obras mixtas, si se han de obtener grandes éxitos. O producciones para el espíritu o para la materia, ó las musas ó las surripantas. Hé aquí la razón de por qué El hijo de la bruja, con gran asombro del Sr. Arderius, no gustó al público.

Porque al Sr. Arderius le acombó mucho que el público se permitiera disentir de su opinión particular.

Tanto, que en el segundo acto, al escuchar desde entre bastidores las carcajadas burlescas con que el público acompañaba un coro notablemente desahogado, salió sin permiso del traspunte y se dirigió a los espectadores.

El Sr. Arderius estaba vestido de colorado y amarillo y llevaba una peluca de pelo de ardilla. En este traje, nada parlamentario, se empeñó en pronunciar un discurso.

La representación quedó interrumpida: vociferaba el público indignado; algunos espectadores, por curiosidad, pedían que se le dejara hablar; él insistía en explicarse, mas en ademán de protesta que de réplica... El teatro era una tempestad. Por fin el Sr. Arderius se retiró.

Un empresario no puede discutir con el público desde la escena. La razón es muy sencilla. El empresario vende en el despacho de billetes el derecho de censura, y querer protestar contra este derecho es provocar justamente la general indignación.

El Sr. Arderius, al renunciar al género bufo, ha renunciado también a estas desconsideraciones con el público: por lo menos, si se permite hablar, debe vestirse de persona decente, y no hablar en serio vestido de arlequín.

Si toda el empresario fiaba la salvación de su obra al cuadro del torneo y al baile de las gladiadoras.

Este último produjo efecto. Las gladiadoras salen vestidas con escudos y petos brillantes, y lucen sus formas. El éxito era seguro. Oro, plata y mujeres desahogadas gustan siempre.

El cuadro del torneo es notable por los caballos de verdad, que estuvieron abiertos en su desempeño. Si atropellaron a nadie, ni relincharon, ni se descomediaron, como suelen, en sus habituales apuestos. Antes del torneo aparecen unos cuantos caballeros, armados de punta en blanco, que son los que disponen el desafío. El público no los conoció personalmente hasta que hablaron. Parecían dos bravos salchichones de esos que están envueltos en papel de plata. En cuanto hablaron se echó el público a reír. Dentro de aquellas dos armaduras estaban escondidos dos antiguos bufos. Reñeron sus gritos correspondientes y se retiraron con dificultad, llevándose a guardarropía la casa.

Este cuadro pertenece al género serio. Y es tan serio que hace reír.

Dirá de las novedades de esta zarzuela de magia es los escenas en las cuales un actor declama y una bailarina, mientras él declama, baila.

Es lo que podría llamarse un medio diálogo. El le expresa su amor con mucha retórica y filarmónica, y ella le contesta le vantado elocuentemente hasta sus narices la punta del pie. No es fácil comprender cuánto conmueve y emociona este nuevo método de conversación.

Tampoco se salvó este medio diálogo. El público de cuando en cuando pedía explicaciones.

Parece, sin embargo, imposible que con decoraciones bonitas, con trajes ricos y con una libertad absoluta en la elección de asuntos para los cuadros y magias, se pueda hacer una obra moderna, actual y importante: una obra propia sólo para fun-

ciones de tarde; para los niños, y para los niños del tiempo de La pata de cabra y de El asombro de Jerez.

Y es que el Sr. Arderius no tiene ya ni género ni actores ni autores.

Hace pocas noches me decía un distinguido autor dramático: Los buenos empresarios se ven en las épocas de desgracia. Todos lo son buenos cuando se les extra por las puertas la fortuna.

Y, en efecto, el Sr. Arderius, desde que empezó la decadencia, por él reconocida, del género bufo, camina ciegamente de catástrofe en catástrofe. Su última tentativa obedece a un propósito vulgar. No basta convertir el escenario en un gran escaparate de plata Meneses, como él lo ha hecho en El hijo de la bruja... Es preciso, además, un pensamiento artístico. Los metales relucientes, los trajes vistosos, las lentejuelas, las decoraciones fantásticas, las bengalas no bastan si no los dispone y presenta el buen gusto, si no ofrecen originalidad.

Es ofender al público pensar que no aprende, que no progresa, que no perfecciona su sentimiento estético. Es ofenderle creer que se le contenta como a un indio salvaje arrojando un objeto de talco.

Ser empresario de espectáculos es hoy muy difícil. Se necesita más que vulgar inteligencia; no basta poseer la ciencia de escribir por tres duros media docena de damas y galanes, ni de extraer del fondo de la sociedad lindas mujeres, como el buzo extrae perlas del fondo de los mares; es preciso conocimiento del momento literario, artístico y social en que se vive; y sobre todo esto, aptitud, inspiración, genio.

Así se puede renunciar a un género y tomar otro; fracasar en una obra, y reconstituir la fortuna; satisfacer las exigencias del arte, el capricho del público, y obtener consideración y simpatías.

Y no vale protestar contra el público. Para un empresario el público tiene siempre razón.

¿Cuántan que, al concluir la primera representación de la zarzuela fantástica, el Sr. Arderius entró en su cuarto y exclamó:

¡Llévame al cielo y no me oír; y pues así puritas me oír, de mis pasos en la tierra respóndame el cielo y no yo...!

Un periódico da una noticia que hace verosímil aquella exclamación.

El Sr. Arderius pretende quedarse con el Teatro Real.

En vista de la decadencia del género bufo y de las magias, se decide por la ópera.

Ya le están clasificando la voz.

Un tumidillo.

NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS.

Noticias Conquenses, por D. José Torres Mena. — Un volumen de xiv + 383 págs. — Madrid, imp. de la Revista general de Legislación y Jurisprudencia, 1878.

Si no lo demostrara el lugar brillante que la ciudad de Cuenca ocupa en los anales patrios, por sus altos hechos y el renombre de sus ilustres hijos, bastaría recordar el número de cronistas que le han dedicado sus esfuerzos y desvelos para reconocerle títulos sobrados a la admiración de la posteridad y a las preferencias de la historia. No puede, no, en manera alguna poseer vulgares condiciones objeto que tan apasionados encarecimientos suscita. De en hora buena libertad a sus expansiones el autor de estas noticias, que si el provincialismo espeado digno de censura, nunca pudo parecerse cuando lo inspiran motivos dignos, y cuando no se ostenta para mengua ó menoscabo de la unidad nacional ni de su grandeza.

Pero entre tantos cronistas, añade el Sr. Torres Mena, y deleitamos a su juicio de buen grado, no existe al uno sólo que sea verdadero historiador, que haya escrito la verdadera y completa historia de Cuenca. ¿Por qué el Sr. Torres Mena no lo ha hecho? En sus noticias hay, si no todo el material que se necesita para escribir ese libro, muchos de que el Sr. Torres Mena lo posee ó ha podido adquirirlo en poco tiempo y con mas facilidad que otros.

No le falta al autor de esta obra antedichada claro para exponer con método los hechos, subordinarlos a un principio de unidad y clasificarlos de suerte que en todas las partes de la obra se advirtiera esa feliz armonía con que el autor instruye y el literato deleita y complace. Descargando un poco su estilo de palabras afectadas, para que el lenguaje tuviese la naturalidad y sencillez que se echan de menos en las Noticias Conquenses, podría haberse dado esas condiciones de amenidad y belleza, sin las cuales las obras históricas no consiguen jamás abrirse camino por entre la masa de los lectores. En una palabra, el Sr. Torres Mena, y esta es la censura mas severa que ha de formular contra su libro la crítica, pudo y debió llevar a término la obra que no realizaron por falta de dotes y de recursos Muñoz Soliva, por falta de tiempo ó de voluntad el ilustre Caballero.

Por lo demás, quien dudará de que el libro del Sr. Torres Mena es útil, curioso e interesante, aunque su índole reduce considerablemente el número de lectores que lo apetezcan y soliciten? Las dos partes en que se divide constituyen una serie de monografías sobre la geografía física y política de Cuenca, la estadística de su población, el estado de la enseñanza en aquella localidad, el de la producción y los modos que la facilitan, etc. Hay algunas de un interés puramente histórico, como la que el Sr. Torres Mena llama Memorias históricas, que es un curioso estudio sobre el origen y carácter de ese famoso tribunal y el establecimiento en Cuenca de uno de sus institutos. Ilustrado con la reseña de varios autos de fé que se celebraron en dicha ciudad en 1654, 1721, 1728, 1735, y con algunas noticias y consideraciones sobre los juicios que habitaron en ella. Los amantes de estos trabajos de erudición agradecerán con gusto el libro del Sr. Torres Mena.

El buen suelto... Cuatro edificaciones de la vida de un autor, por D. José María de Pereda. — Un vol. de 412 págs. — Madrid, Tello, 1878.

Crear un tipo, personificación del celtibe; referir aquellos episodios de su existencia, en que se ponen de relieve los males y daños de un linaje tan celibato; narrar algunas escenas animadas y bosquejar algunos caracteres de esos que abundan en nuestra actual sociedad, y escribir una novela de costumbres? No nos atrevemos a decidirlo, entre otras razones, por la de que nos falta autoridad para ello. Pero si eso no es escribir una novela, en el rigoroso sentido de este género literario, es hacer un libro ameno e interesante, de grata lectura cuando el héroe está pintado de mano maestra, cuando los episodios de su vida se narran con verdad y colorido, cuando en la descripción de las escenas y en el bosquejo de los caracteres hay buen gusto, espíritu observador, realidad y vida; y

cuando, por último, todo ello está dicho en un lenguaje culto, galano, castizo, con resabios de arcaico y académico, que la discreción del autor procura no hacer indigestos y empalagosos.

Para pintar costumbres, para esta crítica social en que con grandes dotes é innegables cualidades se emplea el Sr. Pereda, no hay nada como un vivo sentimiento de la realidad y un sagaz espíritu de observación, y el Sr. Pereda posee el uno y el otro hasta el punto de que no ha vacilado en dar a su cuadro cierto tinte de prosaísmo y de monotonía, atendiendo en primer término a que su cuadro era el retrato de un prosaico muy suelto...

La herida que al celibato infiere la pluma del señor Pereda es una herida mortal. Su crítica no tiene contestación posible. Entre las gentes que piensan seria y honestamente, estas discusiones son ya de todo punto innecesarias, porque no hay posibilidad de combatir la familia, los dulces afectos que la forman, la tierna intimidad que en su seno se desee vuelve, los gozos y las dichas que en abunda, á menos que se inspire quien lo haga en uno de los dos criterios que menos respeto y atención merecen en nuestro tiempo: en el criterio de los fanáticos que buscan, como si esto fuera posible, un estado mas perfecto que el estado que crea el matrimonio, y en el criterio de los que menos precian todo sentimiento elevado y todo vínculo digno. El egoísmo, otra fuente copiosa de argumentos en pro del celibato, no es un criterio, es un vicio. Podemos sin miedo abandonar el egoísmo al Sr. Pereda, que ha sabido dar buena cuenta de él en la historia de su protagonista Gedeón.

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.

APUNTES SOBRE CHINA (1).

Shanghai.

Shanghai, como todo puerto de Oriente abierto al comercio occidental, es una Babilonia donde se hablan todas las lenguas, se soportan todos los tipos, se pueden practicar todos los cultos, se aplican todos los códigos, se admiran en sus calles policémenes de todos los países; y en los tribunales, fiscalías, alguaciles, abogados, jueces de todas nacionalidades. Este conjunto disparatado de civilizaciones ficticias destruye todo color local y consigue tan sólo formar un potpurri de costumbres europeas y usos chinos, que ni estética, ni moral, ni filosóficamente es digno de estudio; para quien no quiere sacar provecho práctico de tan heterogénea residencia. Los hijos de Albion ocupan allí, como en todo el mundo ultramarino, el primer lugar. Su concesión (terrenos concedidos por el gobierno imperial para establecer factorías) está sembrada de palacios cómodos y elegantes; las calles y el mulle están macadamizadas, limpias, aceras; el alumbrado de gas es excelente; los polígonos irreprochables de la plaza en sus personas, de exactitud en sus deberes, tienen, si las manos largas, y con frecuencia los raquíticos sectorios de Confucio que no cumplen con los deberes de la municipalidad, sienten en sus cuerpos la superioridad que da al hombre una manutención, cuya base es el beaffecto y el ale. El consulado, el tribunal, la casa de correos, el club, el templo anglicano, son edificios sumptuosos que la casi totalidad de las capitales de Europa envidiar pueden a la concesión inglesa; y sin subvención de su ayuntamiento, ni protección de su sección de Fomento, y si sólo por suerción pública, Shanghai cuenta con un hipódromo, cuya pista tiene las mismas dimensiones que la del Londres, y en donde los gentlemen riders allí residentes se reúnen anualmente en mayo y octubre y corren ponies, tartanes ó trompales que, comprados en las parrás por 30 ó 40 pesetas, alcanzan, los que tienen buena parrás, en sus vencedores en el meeting, precios fabulosos de 6 y 8.000 duros.

Shanghai, que fué el emporio del comercio del extremo Oriente; que fué la Jauja de los especuladores británicos; la tierra prometida de los aventureros europeos, se contenta hoy con ser una plaza mercantil de cuarto orden; aquellas fortunas extraordinarias, ganadas en pocos años; aquel boato de que se rodeaban los principales comerciantes, que contaban centenares de servidores; aquella esplendor de los Jardine, de los Dent, de los Russell, algunos de los cuales hasta poseía, cual verdadero soberano, escuadras de buques montados en corso y una compañía de capitanes para dar guardia a su opulenta persona y a su caudalada morada, todo aquel lujo verdaderamente ostentoso pertenece ya á la historia, es ya legendario, y quien hoy saca del capital que de Europa trae un 10 por 100, se considera satisfecho. La instalación del telégrafo, la gran disposición financiera y la economía proverbial de los indígenas, han herido de muerte a los especuladores europeos establecidos en el extremo Oriente. Iniciados por éstos en los secretos del comercio, los chinos, que son por intuición mas comerciantes que los propios hijos de Israel, han aprovechado las lecciones de sus antiguos Mecenas, y los que eran antes infimos dependientes ó compradores (tal es el nombre portugués con que se designa a los corredores indígenas de los establecimientos de crédito, son hoy propietarios de compañías con capitales propios, y sus firmas son tan respetadas como las de los agentes de las casas mas fuertes de Europa.

Los chinos no se limitan á hacer operaciones de giro; del comercio han pasado á la industria; de la industria á la navegación, y el banquero chino que descuenta pagares y acepta letras, expide directamente sedas á Lyon, té á Londres; recibe maderasy tabaco de Filipinas, embarca en buques de su propiedad óplo y efectos europeos para Tientsin, y diplomáticos y turistas recorren para visitar el Norte del imperio á las Compañías chinas, que cuentan con vapores de alto bordo, con todo género de comodidades, con toda clase de seguridades y con una tripulación totalmente indígena.

Los consules extranjeros establecidos en los puertos del imperio, abiertos al comercio, tienen jurisdicción sobre sus súbditos residentes y transeúntes; fallan en primera instancia todas las causas y pleitos, y si los litigantes quieren apelar del juicio del tribunal consular, lo hacen ante una de las Audiencias de la metrópoli; mas si se suscitan diferencias entre chinos y europeos, el pleito óla causa es llevado ante el tribunal mixto (tribunal mixto), compuesto del consul ó su delegado y un funcionario judicial chino. Los abogados respectivos actúan en su idioma propio, y la sentencia es ejecutoria.

Cada concesión tiene su consejo municipal elegido entre los residentes por sufragio universal y presidido por los consules. Estos, á mas de las funciones propias de su cargo, de las atribuciones judiciales ya citadas y de las administrativas que les corresponden como presidentes de los ayuntamientos de las concesiones, disponen de la fuerza de la policía local y tienen á su disposición las tripulaciones y soldados de infantería de marina de los

buques de guerra respectivos y surtos en la bahía. Aunque en Shanghai sólo cuentan tres concesiones, la inglesa, la francesa y la americana, separadas entre sí por dos arroyos, y aunque únicamente los consules de las tres potencias sean como presidentes de sus respectivos ayuntamientos, responsables del orden público en las concesiones, los consules de los otros países se reúnen periódicamente con sus colegas de Francia, Inglaterra y América, y presididos por el decano del cuerpo, resuelven todo asunto de interés material para la colonia general europea.

España sostiene en dicha residencia un consul de segunda clase, es el peor pagado de sus compañeros y está menos retribuido que el último jóven de lenguas de los consulados de Inglaterra ó Francia. Nuestro comercio con Shanghai es escaso. Tenemos una población flotante de 200 á 300 súbditos, en su mayoría tagalos, los mas marineros y algunos de ellos contramaestres empleados en la línea de vapores que hacen la travesía entre aquel puerto y Tientsin.

La concesión francesa, si perfectamente administrada, como ornato y policía no puede competir con la inglesa. Mas extensa que ésta, sólo cuenta en su recinto como edificios notables el consulado general, especie de cuartel que apenas concluido amenaza ya ruina, y la iglesia y convento de San José, propiedad de los padres jesuitas. El templo en si nada encierra de notable, pero cuando leído el Evangelio se vuelve el oficiante de cara al público y empieza su sermón, bien en francés ó en inglés, y cuando concluido éste lo traduce en chino y se sigue en lossermbantes de los centenares de neófitos el efecto que les produce la santa palabra, no se puede menos, por muy desocupado que se sea, de admirar el celo, la fé evangélica, el talento persuasivo que en su cometido despliegan los sabios discípulos de San Ignacio.

P. DE PRAT.

LOS NIÑOS DEL DIA.

Antes que la materia caiga en completo desuso, propongo á los aficionados este rompe cabezas: ¿A donde está la infancia?

Nadie será ya tan cándido que piense encontrarla en lo que aún llamamos niños y niñas; esos conatos de hombres y de mujeres que pululan en la sociedad contemporánea; crías áridas disfrazadas de mariposas que se lanzan en los espacios de la vida sorprendiendo nuestro ánimo con su peregrina precocidad moral y orgánica.

Concretémosnos hoy á los niños, después de haber tributado ya há mucho la cortesía de la prioridad á las niñas.

La organización actual de nuestra sociedad ejerce tan feliz influencia en las unas como en los otros. Vástagos que nacen y viven en un mismo vergel, la savia de las mismas ideas les nutre, la atmósfera de las mismas costumbres les envuelve, la luz de la misma educación les anima y vivifica. ¿Qué tiene, pues, de extraño que de igual suerte florezcan, y de la misma manera se marchiten, y del mismo modo se corrompan y se pierdan?

Antes era la niñez como el curso preparatorio de la difícil carrera de la vida. Hoy esa preparación parece superflua y los niños se encuentran ya hombres no bien se dibujan en su mente los primeros aihores de la razón.

La creciente prosperidad de los pueblos y ciudades les exige cada día ensanchar la extensión de su perímetro. La vida del hombre tiene también su ensanche.

En el espacio que media desde la adolescencia á la senectud, no cabe ya sin duda esa pietórica exuberancia, ideas, deseos y pasiones en que nos revolotamos, y ha habido que invadir los dominios de la infancia.

Esos floridos alrededores por donde antes se penetraba en la plenitud de la existencia.

La puercia va siendo un verdadero arcaísmo.

Es chocante: los viejos se desviven por parecer jóvenes y los niños se afanan en parecer viejos. Estas tendencias opuestas, estas fuerzas centripeta y centrifuga revelan en la vida humana un centro de gravedad desconocido que no acertamos á determinar.

Algo hay en virtud de la senda que recorreremos lleno de misteriosos atractivos y que nosotros no percibimos al pasar junto á ello. Acaso estamos sentenciados á no colmar en la vida nuestros mas fervientes anhelos, á pasar al lado de la felicidad sin poder jamás tocarla, á sufrir por siempre el suplício horrible de Tántalo.

Es nuestro destino desear perpetuamente lo que no poseemos, y atando la felicidad ese deseo, desear á es nuestra mayor desventura.

Mas claro, es decir, mas confuso: somos desventurados, porque ansiamos ser felices. Consecuencia: la misma felicidad engendra nuestra desdicha.

Este laberíntico razonamiento es todavía mas lógico y comprensible que esa rápida y monstruosa transformación de niños en viejos que observamos diariamente.

Ello es que el niño desea ser hombre, y á fuerza de desearlo lo sueña, y á fuerza de soñarlo lo cree, y una vez creído, nada mas procedente que su empeño en parecerlo.

La generación que nos sigue será eminentemente democrática, acaso socialista. La democracia actual aspira, cuanto mas, á suprimir materialmente la distinción de clases sociales con un fin noble, regenerador y grande.

La infancia ha ido mucho mas lejos, y ha suprimido las edades.—Todos somos unos, ha dicho, ya no hay niños.

Sería el colmo de la injusticia y de la ceguedad querer negárselo.

Porque ¿qué son los niños en el día?—Son, dirán algunos, los hombres de mañana.—Convengamos en que son también los hombres de hoy.

Hombres incontinentes que no tendrán nuestra estatura, que no ostentarán—bien á pesar suyo—en su rostro infantil y delicado, largos bigotes ni pobladas patillas, atributos de los que recordamos haber sido alguna vez niños; pero que fuman, juegan y conquistan corazones, que no ignoran nuestras pasiones, ni acaso nuestros vicios, si bien son incapaces de nuestras virtudes, que pretenden poseer nuestra experiencia y poseen realmente nuestra inmensa sabiduría, que envidian nuestra respetabilidad y significación social, que anhelan emanciparse de toda tutela, que se juzgan, en fin, aptos ya para campar por sus respetos y abandonarse sin temor ni riesgo alguno á los inciertos azares de la vida.—¡Pobrecitos!

Y es que, según la aritmética que se enseña á los niños en la alta escuela del mundo, tener diez años de edad es lo mismo que tener diez y ocho ó veintidós.

Podrá la naturaleza no acomodarse á esos atropellos matemáticos, podrá no transigir con tan audaces anticipos forzados y dar á cada edad lo suyo, y negar por tanto á la niñez lo que es propio de la adultez; mas ¿qué importa?

(1) Pertenece este artículo al libro de viajes que se propone publicar el distinguido diplomático, su autor.—N. de la D.